

## CAPITULO VII.

### La Cantinera.

Volvamos ahora al sitio á donde condujo el soldado á Rafael, y en donde le dejamos junto al helado cuerpo de la desgreciada mujer que no le habia perdido de vista mas que en los últimos momentos de aquella penosa y sangrienta campaña.

El ¡ay! pronunciado por la moribunda cantinera, fué arrancado por el dolor de la mortal herida que habia recibido en el combate.

Al acercarse el soldado, estaba la infeliz con los ojos cerrados, y esto hizo que el valiente militar pronunciase una exclamacion de espanto, creyéndola muerta.

Rafael, impulsado por un sentimiento de

humanidad, y anhelando saber el secreto que tenia que comunicarle y quién era, le quitó el pañuelo que cubria su rostro, y se quedó admirado.

¿Quién era aquella mujer? preguntamos entonces; y el lector lo va á saber muy pronto.

El jóven médico, uniendo á su asombro el interés que despertaba en él la vista de aquella mujer, la miró atentamente, la tomó el pulso, y la encontró aún con vida.

—¿En dónde es la herida?

Preguntó entonces posponiendo su asombro y el deseo de hacer otras preguntas, al anhelo de arrancar aquella víctima á la muerte.

—En el pecho.

Respondió la mujer con desfallecida voz.

—¿Le han curado á vd?

—No señor, ni quiero que me curen, porque conozeo que todo seria inútil, y que dentro de un instante voy á morir.

—Sin embargo....

—Nada.... lo único que temia era morir

sin ver á vd. ¡Recuerda vd. haberme visto antes.

—Sí.

—Una vez entró vd. á mi casa, en la calle de Tacuba número 3.

—Sí, en la habitacion inmediata á la de mi amigo Leopoldo. Salia yo de ella, cuando me llamó vd. para que viese á su esposo que estaba con una fuerte pulmonía.

—¡Ojalá hubiese muerto de ella! El desgraciado no se veria hoy loco en el hospital de S. Hipólito.

—¿Ha perdido el juicio?

—Sí; á causa de su pasion al juego.

—¡Desdichado!

—Yo, anhelando sacarle de la casa de dementes y tenerle á mi lado cuidándole yo misma, vendí cuanto me quedaba, compré víveres y vinos, con objeto de sacar una buena utilidad vendiéndolos en el ejército, para dedicarla despues á proporeionar á mi desgraciado esposo cuanto fuese necesario para el cobro de su razon.

—Y ¿por qué no se me dió vd. á conee desde que salimos de S. Luis?

—¿Por qué?

—Yo la veía á vd. cubierta el rostro continuamente, y era imposible que pudiese conocerla.

—Tenia mis motivos para ocultar mi rostro.

—¿Cuál?

—Esa incómoda vanidad que rara vez nos abandona.

—¡Vanidad!

—Sí, D. Rafael: yo habia vivido en un tiempo con algunas comodidades, y no queria que ninguno de los que vienen en el ejército, en el cual hay muchos jefes que me conocen, me viesen reducida al miserable estado de cantinera.

—¿Conque ese era únicamente el motivo?

—Ese nada mas.

—¿Y qué importaba que le conociesen á vd? La causa que le habia obligado á vd. á venir con el ejército era noble, y la ensalzaba á vd.

—Sí; salvar á mi esposo del triste estado en que se encuentra fué mi pensamiento al presentarme de vivandera; pero Dios lo ha

dispuesto de otro modo, y muero sin haber tenido el gusto de cuidarle en sus últimos instantes. Sin embargo, he podido reunir cuatrocientos pesos, que podrán serle de mucha utilidad. Yo le ruego á vd. que se los vaya dando poco á poco, segun sus necesidades.... Aquí están debajo de esa piedra que me sirve de cabecera....

—Le prometo á vd. que cumpliré religiosamente con su voluntad, y que pondré cuantos medios estén en mi mano para que recobre el juicio, y no carezca jamás de lo necesario á la vida.

—¡Dios se lo premiará á vd., Don Rafael.—Dijo la moribunda con débil voz, y apretando agradecida la mano del facultativo.—Y ahora que ya he cumplido con el deber de esposa, escúcheme vd. lo que á vd. le pertenece.... el secreto que mil veces traté de comunicar á vd. desde que la casualidad hizo que le encontrase en esta expedicion, y que nunca encontré coyuntura para revelárselo.

—Hable vd., que la escucho con ansiedad. La mujer hizo un esfuerzo para recobrar

sus fuerzas, y despues de una ligera pausa, dijo:

—¿No ama vd. á la señorita Luz?

—¡La idolatro... la adoro! ¡Ah! ¿tiene vd. algo que decirme de parte de ella...? ¿vive? ¿Dónde está? ¡Decidme, decídmelo por Dios!

—La noche, víspera del dia en que yo tenia que salir de México, me fuí á despedir de Doña Anita, antigua amiga mia, y de otra señora española, cuyo esposo, lo mismo que el mio, habia perdido la razon á causa de sus pérdidas en el juego. Al salir de la casa de la última, ví caer de una ventana con rejas de fierro, un pañuelo blanco que recojí con objeto de entregárselo á su dueño. La luna brillaba en toda su plenitud, y á los rayos de ella pude leer, trazados en el lienzo, algunas palabras que leí admirada. Eran formados por una jóven tan hermosa como desgraciada....

El dolor de la herida obligó á la pobre mujer á llevar la mano al pecho y á suspender por un instante su sencilla relacion.

Rafael estaba ansioso por saber el tér-

mino de aquella aventura, que la moribunda aseguró pertenecerle.

Temió que la muerte la sorprendiese antes de terminar lo que tenía que decirle.

Pero la esperanza volvió á su corazón al ver que se disponía á continuar.

—¡Ah! ¡siga vd.... siga vd., por Dios!— Exclamó Rafael.—¿Y la jóven que trazó aquellos caracteres, quién era?

—La señorita Luz.

—¡Luz....!

—Sí señor; la virtuosa mujer que vd. ama. Yo tenía precision de ponerme en camino al siguiente dia muy temprano, y no pude ir á casa de vd. á comunicarle lo que habia.

—Ni me hubiera vd. encontrado en ella, porque la desesperacion y el deseo de hallar la muerte, me hicieron tomar parte en el ejército.

—Todo ha sido providencial, porque de otra manera el secreto hubiera quedado oculto.

—Pero ese pañuelo escrito ¿lo tiene vd? ¿lo conserva vd. aún?

—Lo tengo.

—¡Ah! ¿dónde está?—Exclamó trasportado de alegría Rafael.—¿Démelo vd.... démelo vd. por Dios!

—En el bolsillo de mi vestido lo encontraré vd.: yo no tengo ya fuerzas para sacarlo.... está envuelto en un papel.... puede vd. tomarlo.... ¡Ah! mis ojos se cierran.... me falta el aliento.... sed feliz.... cumplid con.... mi encargo.... ¡Adios!

Y la mujer espiró.

Rafael, impaciente por apoderarse de la prenda escrita por su amor, la buscó en los bolsillos del vestido que envolvía el cuerpo del cadáver, y pronto su mano tropezó con un papel que contenía dentro un pequeño bulto. El enamorado jóven desenvolvió precipitadamente, y muy luego sus ojos se fijaron en unas grandes letras, escritas en un pañuelo blanco.

Rafael quiso leerlas; pero la noche estaba oscura y tempestuosa, y no pudo conseguirlo.

—Leeré despues.

Dijo para sí; y luego, llamando al solda-

do que se habia retirado un poco mientras hablaba con la moribunda, añadió:

—Tenga vd. la bondad de ayudarme á dar sepultura á esta desventurada mujer.

El soldado obedeció gustoso, y despues de haber hecho entre los dos una sepultura poco profunda, colocaron en ella el cuerpo inanimado, que cubrieron de tierra.

Cumplido tan humano deber, Rafael alzó la piedra, bajo de la cual estaba el dinero, guardó éste, se dirigió á la tienda en que se hallaba su excelente amigo D. Juan, ansioso de leer las palabras contenidas en el pañuelo que llevaba en la mano; entró agitado en el alojamiento, y sin fijar la atencion en su valiente amigo, se acercó á la luz que iluminaba la tienda, extendió el pañuelo, y leyó conmovido y pálido estos cortos renglones.

“Ignoro quién recogerá este pañuelo; pero cualquiera que sea la persona á cuyas manos vaya, yo le suplico por el alma de sus padres, se lo entregue al médico D. Rafael F\*\*\* á quien le interesa sobre manera saber dónde me encuentre.... Estoy presa;

pero ignoro el sitio en que se halla mi prision por haberme traído de noche en un carruaje y con los ojos vendados.

“Mi raptor es el doctor Willey, hombre inhumano, á quien aborrezco, y el cual jamás conseguirá vencer mi virtud.

“Careciendo de tinta y de pluma: aquella la he suplido con las pavesas de las velas que me alumbraban de noche, y que, colocadas en un tiesto con un poco de agua, me han dado un tinte negro, y la segunda con una plumita que para limpiar los dientes habia pedido á mi carcelera.

“Mis ojos son dos fuentes de lágrimas que ruedan sobre el lienzo que escribo.

“Hombre ó mujer que lees estos caracteres, ponlos por piedad en manos de mi inolvidable Rafael, para que él premie tus servicios, y me saque del inicuo poder de un malvado.—*Luz.*”

—¡Era Willey! era ese infame doctor.... ese falso amigo, quien me robó cuanto amaba sobre la tierra! ¡Ah! pronto volveré á México; me presentaré á él con este escrito que revela sus inicuas tramas, y le pediré

cuenta de la mujer que ha encarcelado.... que me la entregue en el momento, si no quiere morir á mis manos ó en las sangrientas de un verdugol

Exclamó furioso y en alta voz Rafael, sin acordarse de que habia quien le oyese.

—¿Qué le pasa á vd. que así le exalta, amigo mio?

Le preguntó D. Juan.

—Mire vd.

Y Rafael le dió á leer lo que contenia el pañuelo.

El jóven militar quedó gratamente sorprendido de aquel acontecimiento, que le abria á su amigo las puertas para encontrar á la mujer que amaba.

—¿Y quién le ha entregado á vd. ese interesante escrito.

Le preguntó D. Juan devolviéndole el pañuelo.

—Doña Cruz; la esposa de un antiguo empleado á quien curé de una pulmonía, y que hoy yace loco en la casa de dementes. La cantinera que colocaba siempre su tienda al lado de la nuestra.

—¿Ella? ¡Ah! bien decian mis compañeros que miraba á vd. con predileccion. ¿Y dónde está?

—En la eternidad.

—¿Cómo!

—Acaba de espirar.

—¿Pero no le ha dicho á vd. el sitio y la calle en que recogió el pañuelo?

—Se le olvidó advertírmelo sin duda. Pero ¿qué importa? ¿No sé quién es el malvado? ¿No tengo valor y espada para obligarle á que me entregue lo que infamemente me arrebató en este mundo? ¿No hay justicia para que le prenda como á un infame y le castigue severamente?

—Sí; hay cuanto vd. acaba de decir; y yo le ayudaré á vd. en esa empresa, si es preciso, con mi brazo y con mis armas.

—Gracias, amigo mio:—dijo Rafael dándole la mano agradecido;—pero de las armas solo haré uso cuando no me viese escuchado por los jueces.

—Pero los jueces escucharán á vd., y la hermosa Luz recobrará su libertad, y vd. encontrará en su amor su anhelada ventura.

—¡Oh! estoy impaciente por llegar á México.

—Comprendo esa impaciencia.

—Cada instante que pasa debe ser un siglo de tormento para aquel ángel que espera verme llegar á arrancarle del poder del infame Willey, como es para mi cada momento que permãezco sin poder volar á su lado.

En aquel momento entró un oficial suplicando á Rafael marchase á curar á algunos heridos que acababan de llegar arrastrándose, del sitio en que habia sido el combate, y en que habian quedado abandonados.

—Voy, al instante.

Contestó Rafael, y el oficial salió sin detenerse.

—Ahora podrá vd. desempeñar su humanitario trabajo con doble valor y satisfaccion, puesto que ha encontrado vd. el medio de volver á ver á la mujer que ama.

—Temo que se me obligue á permanecer curando á los heridos por mucho tiempo.

—Pues yo espero que si pide vd. una li-

cencia por los dias necesarios para ir á México y salvar á Luz, se la concederán á vd.

—¡Dios lo quiera!

—Pídala vd.

—La pediré.

—Pero pronto.

—Mañana mismo. Adios: voy á cumplir con mi deber de curar á los heridos.

—Adios.

Y Rafael, lleno el corazon de inquietud y de esperanza, y anhelando el nuevo dia para solicitar la licencia de volver por unos dias á México, para arrancar del poder de Willey á la mujer que idolatraba, salió de la tienda, y se dirigió al sitio en que le esperaban los desgraciados heridos.